

La austera belleza de...

VIENE DE I

cribió a él. La poeta había visto la edición de Pre-textos de los libros de Mark Strand y quiso que sus libros en castellano fueran iguales. "El azar existe solo como conciencia de la necesidad. Ya llevamos editados siete de sus once libros publicados a la fecha", cuenta Borrás, que en junio pasado lanzó el último, "Una vida de pueblo".

"Su obra es la de una escritora de la vida, natural, clara, íntima, nada solemne y que nos hace ver la grandeza de las pequeñas cosas", dice Borrás desde Valencia. "La poesía de Glück nos está diciendo constantemente que no podemos ni debemos perder la conciencia de la cercanía de los otros y que los pequeños acontecimientos de nuestras vidas son los que constituyen nuestras verdaderas biografías. Una escritora en apariencia fácil, pero en el fondo tan compleja y frágil como la vida misma, esa vida que atraviesa e ilumina cada uno de sus poemas", añade.

Acaso este premio Nobel es también reconocimiento a toda una escuela literaria estadounidense: tan heredera de Emily Dickinson como Elizabeth Bishop, Glück es parte de una generación de grandes escritoras que en los 70 reinterpretaron la poesía narrativa, la cargaron de nuevas ideas e iluminaron el ser mujer después de la liberación de los 60 en Estados Unidos: como Sharon Olds, Jane Kenyon o Jorie Graham, la poesía de Glück también descubre nuevas formas de intimismo. Eso sí, ella hizo un camino personal, lejos de cualquier experimentalismo, tan clásico que cita insistentemente mitos griegos, y que siempre habla en un lenguaje sencillo y accesible. Quizás es un eco de su personalidad: quitada de bulla, lejana a las discusiones políticas, su escritura la ha desarrollado paralelamente a una larga carrera como profesora universitaria.

"Los poemas no perduran como objetos, sino como presencias. Cuando lees algo que merece recordarse, liberas una voz humana: devuelves al mundo un espíritu compañero. Yo los poemas para escuchar esa voz. Escribo para hablar a aquellos a quienes he escuchado", escribió Glück en "Proof and theories" (1994), un volumen de ensayos sobre poesía que también abordaba su propia obra. Ya estaba consagrada: en 1992 había publicado el que quizás sea su libro más famoso, "El iris salvaje", por el cual ganó el Pulitzer. El poema que daba título al volumen aranca con un par de versos que aspiran a clásicos: "Al final del sufrimiento/ me esperaba una puerta".

Una experiencia arquetípica

Lectora desde muy niña de William Blake, Glück nació en 1943 en Long Island y creció escuchando las historias de los mitos griegos, que sus padres le contaban a la hora de dormir. Siendo una adolescente, iba y venía entre la convicción de un destino como escritora y una anorexia nerviosa que ella interpretaría después como el efecto de una disputa con su madre. "Miramos el mundo una sola vez, en la niñez. / Lo demás es memoria", anotaría en el poema "Nostos", incluido en el libro "Meadowlands" (1991), y quizás reconocía ahí cierta naturalidad de su obra: los hitos de una infancia solitaria y crispada por los conflictos familiares se mezclarían en sus poemas con referencias concretas a dioses griegos como Perséfone. El descenso a los infiernos de esta última, de hecho, es reversionado por Glück en el libro "Averno" (2006).

"Todos los que escriben obtienen susentido y combustible de los primeros recuerdos y de las cosas que cambiaron, te tocaron o emocionaron en tu infancia. Mis padres me leyeron los mitos griegos y, cuando pude leer por mi cuenta, continué leyéndolos. Las figuras de los dioses y héroes me resultaban más vívidas que las de los otros niños pequeños de la cuadra de Long Island", dijo la semana pasada Glück. Y luego precisó: "Uno siempre recurre a su propia experiencia, porque es el material de su vida, comenzando con su infancia. Pero busco la experiencia arquetípica y asumo que mis luchas y alegrías son sus únicas. No estoy interesada en hacer que el centro de atención recaiga sobre mí, sino en las luchas y las alegrías de los humanos, que nacen y luego se ven obligados a salir al mundo".

Aunque Glück lleva décadas enseñando poesía en universidades, hoy en Yale, inicialmente creyó que la academia no era para ella. "Los poetas no pueden enseñar", pensaba. En los 60 trató de ganarse la vida como secretaria, se separó, pasó por talleres literarios con poetas como Léonie Adams y Stanley Kunitz, y en 1968 publicó su primer libro, "Firstborn". Fue una partida en falso, porque según ha contado luego le vino un bloqueo: todos los días se sentaba ante la hoja en blanco, pero no salía nada. "Todo estaba muerto. Había agotado un modo de escribir en mi primer libro. No tenía ningún sonido nuevo que hacer. Primero había que escuchar una especie de sonido, una frase. No tenía nada para continuar", contó Glück, que en realidad solo al aceptar un trabajo como profesora en Vermont encontró de nuevo el sonido que necesitaba para volver a la poesía.

Los poemas no perduran como objetos, sino como presencias. Cuando lees algo que merece recordarse, liberas una voz humana: devuelves al mundo un espíritu compañero".

Al final parece que no hay final perfecto. De hecho, hay infinitos finales. O tal vez, una vez que se empieza, solamente hay finales".

Estoy totalmente asombrada de que eligieran a un poeta lírico estadounidense blanco. No tiene sentido".



De negro, incluida la mascarilla, ayer al salir de su casa Glück fue retratada por la prensa.



En 2016, el presidente de Estados Unidos Barack Obama le entregó a Louise Glück la Medalla de las Artes y Humanidades.

Una venganza

En adelante, Glück iría precisando su estilo en libros como "The house of marshland" (1975), "Descending figures" (1980), "The triumph of Achilles" (1985), "Ararat" (1990). Según la revista The New Yorker, en esos años, la poeta fue encontrando cada vez más eco en los lectores fuera de los círculos literarios. "Decir que nada temo sería falta a la verdad. / La enfermedad, la humillación, me atemorizan. / Tengo sueños, como cualquiera. / Pero aprendí a ocultarlos para protegerme de la plenitud: la felicidad atrae a las furias. / Son hermanas, salvajes, que no tienen sentimientos, sólo envidia", escribía en esos años, cristizando una poesía abierta y masiva. Para ella, no era tan fácil encontrarla. "A menudo es un tormento angustiante, un lugar de sufrimiento, angustioso. Las cosas no van bien, las cosas no van bien y luego las cosas van muy bien", ha dicho.

En adelante, Glück publicaría libros como "El iris salvaje" (1992), "Las siete edades" (2001), "Averno" (2006), "Una vida de pueblo" (2009) y "Faithful and Virtuous Night" (2014), consolidándose como una voz central en la poesía es-

tadounidense. Según el crítico peruano asentado en Estados Unidos, Julio Ortega, "en el culto estadounidense de la poesía como crítica de la vida, Glück es un producto natural de la gran tradición lírico-dramática forjada por la poeta". Y añade: "Es una poeta postfeminista y posfeminista. Prodigia balances existenciales, convirtiendo el asombro y el placer, tanto como la agonía y el dolor, en poemas de intensa vivacidad, angustioso soliloquio y dramático testimonio. Más que la belleza, le ha importado la certidumbre, el asombro y la verdad de lo vivo y reflexivo. Su vasta obra evoca el confesionalismo dramático, que hace de la poesía una celebración minuciosa de la experiencia".

"Al final, parece que no hay final perfecto. De hecho, hay infinitos finales. O tal vez, una vez que se empieza, solamente hay finales", dice en el poema "Noche fiel y virtuosa". En 2012, Glück explicaba así su propósito literario: "Escribo para descubrir el significado. Quiero que la experiencia signifique algo. Escribir es también una especie de venganza contra las circunstancias: la mala suerte, la pérdida, el dolor. Si sacas algo de eso, entonces ya no has sido superado por ninguno de esos eventos".

la crítica de Pedro Gandolfo

LAUDES DEL PARAÍSO ENTRE LOS OLIVOS

Louise Glück siempre estuvo ahí en el escenario del primer mundo de la literatura —para nada en los márgenes—, porque en cualquier relato aparece entre las poetas norteamericanas contemporáneas con mayor reconocimiento y prestigio en su país e internacionalmente. Su obra —en la que se cuentan trece volúmenes de poesía y ensayos literarios sensibiles, ilustrados e inteligentes— ha sido insistentemente traducida, publicada en las más exclusivas editoriales, recibida con muy buenas críticas especializadas y acogimiento del público lector; lo curioso es, sin embargo, que no haya figurado antes ni figuró ahora entre los candidatos al Nobel de Literatura que, sorprendentemente, se le concedió esta semana. Lo que hace este premio es, entonces, hacerla más visible aún y, sobre todo, reclama una lectura en que se intente una ponderación del conjunto de su obra.

El lector más frecuente de esta poeta ha leído alguno de sus libros ("Iris salvaje", "Averno" o "Ararat") e, incluso más a menudo todavía, poemas dispersos recogidos en antologías o páginas literarias online. Cuando se premia la totalidad de una trayectoria literaria, en cambio, hay implícita una ponderación íntegra y una ubicación de la obra dentro de una tradición, lo cual implica, en cierta medida, jerarquizar. Todo lo anterior es singularmente arduo respecto de cualquier poeta —y en el estado actual de los estudios literarios hasta de dudosa validez— e imposible, desde luego, de llevar a cabo en estas pocas y modestas líneas.

Como lo han indicado con cierto consenso numerosos críticos, la poesía de Louise Glück posee una "voz", un sello formal continuo, que la evoluciona, por cierto, desde su primer poemario hasta el último, pero esa evolución es solo una modulación de aquella voz distintiva, un ejercicio que opera dentro de ese registro sin salirse ni romper con él. Una contemporánea suya, la canadiense Anne Carson

...Ni confesional ni objetiva, Glück logra en sus mejores poemas el equilibrio, la cadencia pausada, una cierta serenidad y luminosidad, en fin, esa "austera belleza" que subrayó la academia sueca.

(que sí estaba en las listas de "premiados"), es, en este sentido, tratando a veces una temática cercana a alguna de las suyas, como la separación conyugal y la pérdida amorosa, el polo formal opuesto, por lo arriesgado, experimental y aventurero en sus excursiones poéticas. Glück, en cambio, es una autora en que brilla el equilibrio, la apolínea y delicada armonía de su lenguaje poético. Conocerla, por lo mismo, supone entrar en su campo e ir modificando la sensibilidad para apreciar los matices que ella, con indudable talento, ha sabido descubrir y hacer irradiar dentro de aquel.

En un amplio sentido, Glück se inserta en la tradición de la poesía lírica —que inauguran Safo y los demás poetas líricos griegos—, en la cual la subjetividad del poema es la mirada y el objeto mismo de exploración, pero se aleja de la poesía estrictamente "confesional" y logra un discreto distanciamiento a través de una secuencia de estrategias usadas con refinamiento y buen gusto. El deseo, el sentimiento, el dolor, el conflicto amargo, se hallan en su poesía presentes aunque velados por recursos como el frecuente uso del "tú" (el sentido del "yo" en la poética de Louise Glück fue un enigma típico en la crítica literaria norteamericana), las referencias a la mitología grecorromana, el empleo fragmentado de bellas imágenes tomadas de la naturaleza, la ironía, entre otros, son los recursos que emplea para intermediar y alejarse del patetismo, el sentimentalismo hiperbólico y la deflagración del yo. Así, ni confesional ni objetiva, Glück logra en sus mejores poemas el equilibrio, la cadencia pausada, una cierta serenidad y luminosidad, en fin, esa "austera belleza" que subrayaron los miembros de la academia sueca.

Un buen ejemplo de sus virtudes es este poema, "El pasado", traducido por Jordi Doce:

Exigui luz que surge de repente
en el cielo, entre dos
ramas de pino, y sus finas agujas
grabadas ahora en la extensión radiante,
y encima este cielo, alto, ligero...
Huele el aire. Es el
olor del pino blanco,
más fuerte cuando el viento sopla en él
con un sonido igual de extraño,
como sarena el viento en una peícula.
Sombrías que se desplazan. Cuerdas que
suenan a cuerdas. Lo que oyes ahora
debe ser el sonido del ruiseñor, Chordata,
el macho cortando a la hembra...
Un rechinar de cuerdas. La hamaca
se mece con el viento, bien sujeta entre dos pinos.
Huele el aire. Es el olor del pino blanco.
¿Es la voz de mi madre lo que oyes
o sólo el ruido de los árboles
cuando el aire pasa entre ellos
pues como sonaría entonces
pasar entre la nada?

La contención, sutileza y misterio de este poema, en el que apenas asoma el dato subjetivo —el pasado—, la sombra de una presencia, la voz materna, el confuso rumor parlante del viento entre las hojas, efímero, fugaz, inabslu, ocupa el centro trémulo del poema y parece desaparecer por entre sus versos.